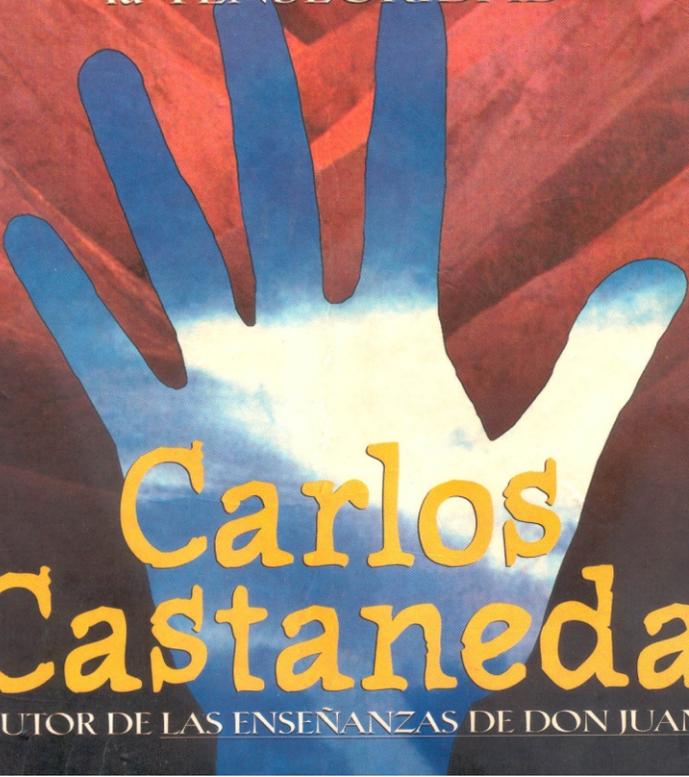


# Pases Mágicos

La sabiduría práctica  
de los chamanes  
del antiguo México:  
la TENSEGRIDAD



Carlos  
Castaneda

AUTOR DE LAS ENSEÑANZAS DE DON JUAN

# Pases Mágicos

Carlos  
Castaneda

Traducción:  
**Dorotea Pläcking de Salcedo**

**EDITORIAL ATLANTIDA**  
BUENOS AIRES - MEXICO - SANTIAGO DE CHILE

Diseño de tapa: Peter Tjebes

Los dos practicantes de tensesgridad que muestran los pases mágicos en las ilustraciones de este libro son Kylie Lundhal y Miles Red.

Fotografías: Photo Vision and Graphic, Van Nuys, California.

**Tensegrity** es una marca registrada por intermedio de Laugan Productions

NOTA: Para evitar el riesgo de cualquier problema de salud, consulte a su médico antes de iniciar este o cualquier otro programa de ejercicios físicos. Se recomienda a la mujer embarazada tener especial cuidado y consultar con su facultativo antes de poner en práctica los movimientos aquí presentados. Las instrucciones contenidas en este libro no pretenden en modo alguno reemplazar el consejo profesional, y en este sentido el autor, los editores, y el titular de los derechos del autor de este trabajo desligan toda responsabilidad por cualquier clase de inconveniente físico surgido en relación con los movimientos que aquí se describen.

NOTA DEL EDITOR: Los conceptos y expresiones contenidos en este libro son de exclusiva responsabilidad del autor, y por lo tanto sus opiniones no necesariamente reflejan el punto de vista del editor.

Título original: MAGICAL PASES

Copyright 1988 by Laugan Productions

Copyright Editorial Atlántida, 1998

Published in agreement with the author c/o Baror International Inc., Armonk, New York, USA

Derechos reservados. Primera edición publicada por

EDITORIAL ATLANTIDA, S.A., Azopardo 579, Buenos Aires, Argentina

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Libro de edición argentina.

Impreso en España. Printed in Spain. Esta edición se terminó de imprimir en el mes de marzo de 1998 en los talleres gráficos de Rivadeneyra, S.A., Madrid, España.

I.S.B.N.950-08-1918-X

A cada uno de los practicantes de tensegridad que, al unir sus fuerzas en torno de ella, me han puesto en contacto con formulaciones energéticas a las que ni don Juan ni los chamanes de su linaje tuvieron acceso jamás.

# INDICE

Introducción 11  
Pases mágicos 21  
Tensegridad 33  
Las seis series de la tensegridad 43

## **Primera Serie**

### **Serie para la preparación del intento 53**

Primer grupo: Aplastar la energía para el intento 53  
Segundo grupo: Agitar la energía para el intento 67  
Tercer grupo: Acumular la energía para el intento 76  
Cuarto grupo: Respirar la energía del intento 87

## **Segunda serie**

### **Serie para la matriz 93**

Primer grupo: Pases mágicos pertenecientes a Taisha Abelar 98  
Segundo grupo: El pase mágico relacionado con Florinda Donner-Grau 103  
Tercer Grupo: Pases mágicos que tienen que ver en particular con Carlos 105  
Cuarto grupo: Pases mágicos que pertenecen al Explorador Azul 109

## **Tercera serie**

### **Serie de los cinco intereses:**

#### **La serie de Wstwood 115**

Primer grupo: El centro de decisiones 116  
Segundo grupo: La recapitulación 130  
Tercer grupo: Ensoñar 146  
Cuarto grupo: El silencio interior 160

## **Cuarta serie**

### **La separación del cuerpo derecho y del cuerpo izquierdo:**

#### **Serie del calor 174**

Primer grupo: Remover la energía del cuerpo izquierdo y del cuerpo derecho 178  
Segundo grupo: Mezclar energía del cuerpo izquierdo y del cuerpo derecho 190  
Tercer grupo: Mover la energía del cuerpo izquierdo y del cuerpo derecho con la respiración 203  
Cuarto grupo: La predilección del cuerpo izquierdo y del cuerpo derecho 211

## **Quinta serie**

### **Serie de la masculinidad 238**

Primer grupo: Pases mágicos en los que las manos se mueven al unísono pero se mantienen separadas 241  
Segundo grupo: Pases mágicos para focalizar la energía de los tendones 248  
Tercer grupo: Pases mágicos para robustecer la resistencia 255

## **Sexta serie**

### **Dispositivos utilizados en combinación con pases mágicos específicos 264**

Primera categoría 266  
Segunda categoría 271

## INTRODUCCION

**Fue don Juan Matus**, un brujo maestro -un nagual, como se denomina a los brujos maestros cuando conducen un grupo de otros brujos- quien me introdujo en el mundo cognitivo de los chamanes que vivieron en México en la antigüedad. Don Juan Matus fue un indígena nacido en Yuma, Arizona. Su padre fue indio yaqui, nacido en el estado de Sonora, México, y su madre, probablemente, una india yuma nacida también en Arizona. Don Juan vivió en su ciudad natal hasta los diez años. Luego su padre lo llevó a Sonora, donde se vieron envueltos en las endémicas guerras de los yaquis contra los mexicanos. Su padre murió y don Juan terminó viviendo en el sur de México, donde se crió con familiares que se hicieron cargo de él, que por aquella época contaba diez años de edad.

Cuando cumplió los veinte, tomó contacto con un brujo maestro, Julián Osorio, quien lo introdujo en un linaje de brujos del que se decía que tenía veinticinco generaciones de antigüedad. Julián Osorio no era indio, sino hijo de inmigrantes europeos que habían llegado a México. Don Juan me contó que el nagual Julián había sido actor y que era una persona extraordinaria e impactante: hábil narrador, mimo, adorado por todo aquel que lo conocía, con un fuerte poder de convicción, imponía su presencia en cuantos lo rodeaban. Durante una de sus giras teatrales por el interior del país, el actor Julián Osorio cayó bajo la influencia de otro brujo maestro, el nagual Elías Ulloa, quien le transmitió la sabiduría de los brujos.

Siguiendo la tradición de su linaje de chamanes, don Juan Matus nos enseñó algunos movimientos físicos, a los que él denominaba "pases mágicos", a sus cuatro discípulos: Taisha Abelar, Florinda Donner-Grau, Carol Tiggs y yo. Nos los enseñó con el mismo espíritu con que fueron enseñados durante generaciones, con una diferencia notable: eliminó los excesivos rituales que a lo largo del tiempo habían envuelto la enseñanza y la realización de esos pases mágicos. Al respecto, don Juan comentó que el ritual, en sí, había perdido su fuerza a medida que las nuevas generaciones de practicantes se iban interesando más por la eficiencia y la funcionalidad. Sin embargo, me recomendó que por ningún concepto debía yo hablar de los pases mágicos con sus discípulos o con el público en general. Fundamentó esa prohibición en el hecho de que los pases mágicos eran privativos de cada individuo y su efecto tan impactante que era mejor practicarlos sin discutirlos.

Don Juan Matus me enseñó todo lo que sabía sobre los brujos de su linaje. Me presentó, detalló, reafirmó y explicó hasta el más mínimo detalle de su saber. Por lo tanto, todo cuanto explico acerca de los pases mágicos es resultado directo de sus enseñanzas. Los pases mágicos no fueron inventados. Los descubrieron los antiguos chamanes del linaje de don Juan que vivían en México, mientras se encontraban en estados chamanísticos de conciencia acrecentada. El descubrimiento de los pases mágicos fue, en cierta forma accidental. Todo comenzó como una simple investigación sobre la naturaleza de una increíble sensación de bienestar que, al encontrarse en estados de conciencia acrecentada, experimentaban aquellos chamanes cuando mantenían determinadas posiciones físicas, o cuando movían su cuerpo o sus miembros de una manera específica. Esa sensación de bienestar era tan intensa, que el deseo de poder repetir esos movimientos mientras se encontraban en un estado de conciencia normal se convirtió en el centro de todos sus esfuerzos.

Esa búsqueda fue exitosa, por lo visto, y los chamanes llegaron a ser concedores de una serie muy compleja de movimientos que, al ser ejecutados, permitían un importante incremento de su destreza física y mental. Los resultados fueron tan trascendentales, que

recibieron el nombre de "pases mágicos". Durante muchas generaciones, sólo eran transmitidos a los chamanes iniciados en forma personal, siguiendo rituales muy elaborados y ceremonias secretas.

Al enseñar los pases mágicos, don Juan Matus se apartó radicalmente de la tradición. Esa desviación lo obligó a reformular el objetivo pragmático de los mismos. Don Juan me presentó ese objetivo no como el incremento del equilibrio físico y mental, como era en el pasado, sino como una posibilidad práctica de redistribuir la energía. Explicó que ese apartarse de las antiguas tradiciones se debía a la influencia de los dos naguales que lo habían precedido.

Los brujos del linaje de don Juan estaban convencidos de que existía una cantidad de energía inherente a cada uno de nosotros, cantidad que no puede ser aumentada o reducida por obra de ningún tipo de acción externa. Creían que esa cantidad de energía era suficiente para lograr lo que aquellos brujos consideraban como la obsesión de cualquier ser humano de este mundo: romper los parámetros de la percepción normal. Don Juan Matus estaba convencido de que nuestra incapacidad de romper con esos parámetros había sido generada por nuestra cultura y nuestro entorno social. Sostenía que, en ese entorno, se nos exigía encauzar toda nuestra energía inmanente hacia el cumplimiento de esquemas de comportamiento preestablecidos, lo cual no nos permitía trasponer los límites de la percepción normal.

-¿Y porqué habría de desear yo o, para el caso, cualquier otra persona, romper esos parámetros? -le pregunté a don Juan en cierta oportunidad.

-Romper esos parámetros es un mandato ineludible de la condición humana -me contestó-. Trasponerlos significa ingresar en mundos hasta este momento impensables, de un valor pragmático que no difiere en modo alguno del valor de nuestro mundo cotidiano. No importa que aceptemos o no esa premisa, estamos obsesionados por romper esos parámetros y fracasamos lamentablemente en el intento. De ahí la profusión de drogas y estimulantes, rituales religiosos y ceremonias de todo tipo que observamos en nuestro mundo moderno.

-¿Y cuál piensa usted que es la causa de que hayamos fracasado tan lamentablemente, don Juan? -le pregunté.

-No poder satisfacer nuestro deseo subliminal -me contestó- se debe a que lo encaramos en forma atropellada, sin orden ni concierto. Las herramientas que utilizamos son demasiado toscas e ineficaces. Es como tratar de derrumbar un muro golpeándonos la cabeza contra él. El ser humano nunca considera esa ruptura en términos de energía. Para los brujos, el éxito está determinado sólo por la posibilidad de acceder o no acceder a la energía.

-Dado que es imposible aumentar nuestra energía inmanente -continuó-, la única vía que les quedaba a los brujos del antiguo México era redistribuir esa energía. Para ellos, este proceso de redistribución comenzaba con los pases mágicos y con la forma en que afectaban al cuerpo físico.

Al impartir su instrucción, don Juan recalca en todas las formas imaginables el hecho de que el enorme énfasis que los chamanes de su linaje habían puesto en la destreza física y el bienestar mental había perdurado hasta nuestros días. Pude corroborar la verdad de esa afirmación observándolo a él y a sus quince colegas brujos. Un extraordinario equilibrio físico y mental resultó ser la característica más llamativa en todos ellos.

La respuesta que me dio don Juan cuando, en cierta oportunidad, le pregunté directamente por qué los brujos concedían tanta importancia al aspecto físico del ser humano, me dejó pasmado, ya que siempre lo había considerado un hombre profundamente espiritual.

-Los brujos no son en absoluto espirituales -me dijo-. Por el contrario, son seres sumamente prácticos. Sin embargo, es sabido que los chamanes son considerados en general como seres excéntricos y hasta locos. Quizá por eso pienses que son espirituales. Parecen locos porque siempre están tratando de explicar cosas que no pueden ser explicadas. En su estéril intento por dar explicaciones completas que de ningún modo pueden serlo, pierden toda coherencia y dicen insensateces.

“Hace falta tener un cuerpo flexible y dúctil si buscas destreza y sensatez -siguió diciendo-. Estas son las dos características más importantes en la vida de un chamán, porque generan sobriedad y

pragmatismo, o sea, los únicos requisitos indispensables para ingresar en otros ámbitos de percepción. Para navegar en forma genuina en lo desconocido se requiere de una actitud audaz, pero no imprudente. A fin de establecer un equilibrio entre audacia e imprudencia, es preciso que un brujo sea sumamente mesurado, cauto, hábil, y que, además, goce de un excelente estado físico.

-¿Y por qué un excelente estado físico, don Juan? -quise saber-. ¿No bastan acaso el deseo o la voluntad de viajar hacia lo desconocido?

-¡Decisivamente, no! -me respondió con cierto fastidio-. El solo hecho de hacerse a la idea de enfrentar un ámbito desconocido -y ni hablemos de ingresar en él- exige nervios de acero y un cuerpo capaz de contener esos nervios. ¿De qué te valdría ser audaz si no dispones de gran lucidez mental, destreza física y la musculatura adecuada?

El excelente estado físico -producto de la rigurosa ejecución de los pases mágicos- en el que don Juan había hecho hincapié desde el primer día de nuestro encuentro era, por lo que pude entender, el primer paso hacia la *redistribución* de nuestra energía inmanente. Esta redistribución de la energía era, según él, el tema crucial en la vida de los chamanes y, asimismo, en la vida de cualquier individuo. La redistribución de la energía es un proceso que consiste en transportar, de un lugar a otro, la energía que ya existe en nuestro interior. Dicha energía ha sido desplazada de los centros de vitalidad de nuestro cuerpo; pero estos centros de vitalidad necesitan de esa energía desplazada a fin de generar un equilibrio entre la lucidez mental y la destreza física.

Los chamanes del linaje de don Juan estaban profundamente comprometidos con la *redistribución* de su energía inmanente. Ese compromiso no era un esfuerzo intelectual, ni producto de una inducción o deducción particular, o de conclusiones lógicas. Era el resultado de su capacidad de percibir el flujo de la energía como fluye en el universo.

- Esos brujos llamaban *ver* a la capacidad de percibir ese fluir de la energía por el universo -me explicó don Juan-. Describían ese *ver* como un estado de *conciencia acrecentada*, en el cual el cuerpo

humano es capaz de percibir la energía en su fluir, como una corriente, una vibración similar a la del viento. La visión del flujo de energía a través del universo es el producto de una detención momentánea del sistema de interpretación propio del ser humano.

- ¿Qué es un sistema de interpretación, don Juan? -le pregunté.

- Los brujos del antiguo México descubrieron que cada parte del cuerpo humano se encuentra involucrada, de una manera u otra, en la conversión de ese flujo vibratorio, esa corriente de vibración, en una forma de estímulo sensorial -me contestó-. La suma de este bombardeo de estímulos sensoriales es convertido, a través del uso, en el sistema de interpretación que hace que el ser humano sea capaz de percibir el mundo en la forma en que lo hace.

"Lograr que ese sistema de interpretación se detuviera - continuó- fue producto de una tremenda disciplina por parte de los brujos del antiguo México, quienes denominaron esa detención con la palabra *ver*, y la convirtieron en la piedra angular de su conocimiento. Llegar a *ver* la energía que fluye en el universo era, para ellos, la herramienta esencial que les permitía establecer sus esquemas de clasificación. Gracias a esa capacidad, por ejemplo, concibieron la totalidad del universo accesible a la percepción del ser humano como un ente tunicado -una cebolla- recubierto por miles de capas o estratos. Creían que el mundo cotidiano del ser humano no era otra cosa que una de esas capas. Por lo tanto, también creían que las otras capas no sólo eran accesibles a la percepción humana, sino que formaban parte de la herencia natural del hombre.

Otro tema de enorme valor en el conocimiento de aquellos brujos -un tema que surgía como consecuencia de su capacidad de *ver* la energía como fluye en el universo- fue el descubrimiento de la configuración energética del ser humano. Esa configuración energética del hombre era, para ellos, un conglomerado de campos energéticos aglutinados por una fuerza vibratoria que los unía en una luminosa bola de energía. Para los brujos del linaje de don Juan, el ser humano tenía una forma oblonga, como un huevo, o una forma esférica, como una bola. De ahí que los denominaban *huevos luminoso* o *esferas luminosas*.

Esta esfera de luminosidad era considerada por ellos como

nuestro verdadero yo, verdadero en el sentido de que es irreductible en términos de energía. Y es irreductible porque la totalidad de los recursos humanos esta involucrada en el acto de percibirlo directamente como energía.

Aquellos chamanes descubrieron que en la parte posterior de esa esfera luminosa había un punto de brillo más intenso aún. A través de procesos de observación directa de la energía, se dieron cuenta de que ése era el punto clave de la transformación de la energía en datos sensoriales y en su posterior interpretación. Por este motivo, lo denominaron *punto de encaje*, y consideraron que allí la percepción era conformada y reunida. Decían que el *punto de encaje* estaba ubicado detrás de los omóplatos, a un brazo de distancia de ellos. También descubrieron que el *punto de encaje* para todo el género humano esta ubicado en ese mismo sitio, dando así a todo ser humano, individualmente, una visión similar del mundo.

Un descubrimiento de enorme valor para estos chamanes - así como para los de las generaciones siguientes- fue que la ubicación del *punto de encaje* en ese lugar era el resultado del uso y la socialización. Es por eso que consideraron que era una posición arbitraria, que solo nos da la ilusión de ser únicos e irrepetibles. Producto de esa ilusión es la convicción, aparentemente inamovible, del ser humano de que el mundo en el que interactúan a diario es el único mundo que existe y que su inalterabilidad es innegable.

-Créeme -me dijo don Juan en cierta oportunidad-, esa sensación de irrevocabilidad no es sino una ilusión. Por el simple hecho de que nunca ha sido cuestionado, se lo tiene por el único punto de vista posible. Ver la energía como fluye en el universo es la herramienta que tenemos para desafiar ese concepto. Mediante el uso de esa herramienta, los brujos de mi linaje llegaron a la conclusión de que, en realidad, existía una sorprendente cantidad de mundos accesibles a la percepción humana. Describían esos mundos como ámbitos omni-incluyentes, ámbitos en los cuales se puede actuar y luchar. En otras palabras, son mundos en los que se puede vivir y morir, tal como en este mundo de nuestra vida cotidiana.

Durante los trece años en que trabajé con él, don Juan me

enseñó los pasos básicos para lograr la proeza de ver. He hablado de esos pasos en todos mis escritos anteriores, pero nunca toqué el punto clave del proceso: los pasos mágicos, de los cuales él me enseñó una gran cantidad. Sin embargo, junto con el cúmulo de sus conocimientos, don Juan también me dejó la certeza de que yo era el último eslabón de su linaje. Aceptar esa realidad implicaba automáticamente que me cabía la responsabilidad de encontrar nuevas formas de difundir el conocimiento de su linaje, dado que la continuidad ya no era un tema en discusión. En este aspecto, tengo que clarificar un punto de suma importancia: don Juan Matus no tenía interés en difundir sus conocimientos; lo que sí le interesaba era perpetuar su linaje. Sus otras tres discípulas y yo -elegidos, como solía decir, por el espíritu mismo, dado que él no había tenido parte activa en esa elección- eramos el medio que aseguraría esa perpetuación. Por lo tanto, se abocó al titánico esfuerzo de enseñarme todo lo que sabía sobre brujería, o chamanismo, y sobre el desarrollo de su linaje.

En el transcurso de mi formación, don Juan advirtió que mi configuración energética era, según él, tan inmensamente distinta de la suya propia, que ello no podía significar otra cosa que el fin de su línea de descendencia. Le dije que me sentía muy mal con su interpretación, cualquiera fuese la diferencia invisible que existiera entre nosotros. No me agradaba en absoluto cargar con el peso de ser el último de su linaje, ni lograba comprender su razonamiento.

-Los brujos del antiguo México -me dijo en cierta oportunidad- creían que la capacidad de elegir, tal como la entiende el ser humano, es la condición previa para lograr entender el universo, pero esto sólo es una interpretación benevolente de lo que en realidad encuentra la conciencia cuando se aventura más allá de los límites de nuestro mundo. El ser humano se halla tironeado por diversas fuerzas, hacia variadas direcciones. El arte de los brujos no consiste en elegir, sino en ser lo suficientemente sutiles como para aceptar.

"Los brujos, aún cuando parezca que no hacen otra cosa que decidir, en realidad no toman decisión alguna -prosiguió don Juan-. Yo no decidí elegirte y no decidí que tú serías tal como eres. Dado que no pude elegir a quién impartir mi conocimiento, tuve que

aceptar a quien el espíritu me ofreciera. Y esa persona fuiste tú: energéticamente, tú eres capaz solamente de finalizar algo, no de continuarlo.

Don Juan sostenía que la terminación de su linaje no tenía nada que ver con él o con sus esfuerzos, o con su éxito o su fracaso como brujo en la búsqueda de la libertad total. Lo tomaba como algo que tenía que ver con una elección ejercida más allá del nivel humano, no por seres o entes, sino por las fuerzas impersonales del universo.

Finalmente, terminé por aceptar lo que don Juan llamaba "mi destino". Aceptarlo me enfrentó con otro tema, al cual él se refería como a *cerrar la puerta cuando uno se va*. Es decir, que yo asumía la responsabilidad de decidir exactamente qué hacer con todo lo que él me había enseñado y llevar mi decisión a la práctica en forma impecable. En primer lugar, me planteé la pregunta de qué hacer con los pases mágicos, que constituían la parte más pragmática y funcional de todo el conocimiento que poseía don Juan. Decidí enseñar los pases mágicos a todo aquel que deseara aprenderlos. Mi decisión de poner punto final al secreto que los había rodeado durante un tiempo indefinido fue, por supuesto, el corolario de mi total convicción de que yo soy, en efecto, el último eslabón del linaje de don Juan. Me resultaba inconcebible pensar en guardar secretos que ni siquiera eran míos. Envolver los pases mágicos en un manto de ocultamiento no había sido decisión mía. Pero sí lo era desvelarlos.

A partir de ese momento, procuré encontrar una forma más apropiada para cada uno de los pases mágicos, una forma que se adecuara a todos. La consecuencia fue la configuración de formas ligeramente modificadas de cada uno de ellos. Elegí el nombre de "Tensegridad" para esa nueva configuración de movimientos. El término pertenece al campo de la arquitectura, en cuyo contexto significa "la propiedad de estructuras esqueléticas que emplean miembros de tensión continua y miembros de compresión discontinua, en forma tal, que cada miembro opera con un máximo de eficacia y economía de esfuerzo".

A fin de explicar qué son los pases mágicos de los brujos que vivieron en México en la antigüedad, quisiera hacer una aclaración: "antigüedad" significaba, para don Juan, una época que se remontaba

a diez mil años atrás o más, un lapso que aparece como incongruente si se lo analiza desde el punto de vista de los esquemas de clasificación de los científicos modernos. Cuando interpele a don Juan respecto de la discrepancia entre su estimación del tiempo y lo que yo consideraba una antigüedad más realista, reiteró su afirmación. Él tenía la convicción de que los hombres que poblaban el Nuevo Mundo hace diez mil años estaban profundamente preocupados y comprometidos con temas relacionados con el universo y la percepción, temas que el hombre moderno no ha comenzado siquiera a intuir.

Independientemente de nuestras diferencias con respecto a la interpretación cronológica, la efectividad de los pases mágicos me resulta innegable y me siento obligado a presentar el tema siguiendo estrictamente la forma en que me fue mostrado. El efecto directo que han tenido sobre mí los pases mágicos influyó profundamente en la forma en que yo los manejo. Lo que he volcado en este trabajo es un reflejo íntimo de esa influencia.

---

## PASES MÁGICOS

**La primera vez** que don Juan me habló de los pases mágicos en forma detallada, fue en una oportunidad en la cual hizo un comentario despectivo sobre mi peso.

-Estás un poco rechoncho -me dijo, inspeccionándome de la cabeza a los pies y meneando la cabeza en señal de desaprobación-. Un poco más y serás directamente un gordo. El desgaste físico pronto empezará a manifestarse en tu cuerpo. Como todos los de tu raza, estás desarrollando un bodoque de grasa en la nuca, como los que tienen los toros. Es hora de que tomes en serio uno de los hallazgos más importantes de los brujos: los pases mágicos.

-¿De qué pases mágicos me habla, don Juan?- pregunté. Hasta ahora, nunca me los ha mencionado. O, si lo hizo, debe de haber sido tan al pasar que no recuerdo nada al respecto.

-No sólo te hablé mucho de los pases mágicos -replicó-, sino que ya conoces muchos de ellos. Te los he venido enseñando desde que nos conocemos.

Que yo supiera, no era cierto que me hubiese enseñado pase mágico alguno. Le reiteré mi ignorancia sobre el tema.

-No te apasionas tanto en la defensa de tu maravilloso "yo" -me dijo en tono de broma, haciendo un gracioso gesto de disculpa con las cejas-. Me refiero a que imitas todo lo que hago, y yo he aprovechado esa capacidad de imitación. Te he estado enseñando varios pases mágicos, y siempre pensaste que me divertía haciendo

sonar mis articulaciones. Me encanta esa interpretación tuya. ¡Hacer sonar mis articulaciones! Nos seguiremos refiriendo a los pases mágicos de esa manera.

"Te enseñé diez formas diferentes de hacer sonar las articulaciones -siguió diciendo-. Cada una de esas formas constituye un pase mágico que se adecua a la perfección a mi cuerpo y al tuyo. Podría decirse que esos pases mágicos son tuyos y míos. Nos pertenecen en forma personal e individual, tal como pertenecieron a los otros brujos que eran exactamente como nosotros dos durante las veinticinco generaciones que nos preceden.

Los pases mágicos a los que se refería don Juan, tal como él mismo decía, eran las formas en las que yo consideraba que hacía sonar sus articulaciones. Solía mover los brazos, las piernas, el torso y las caderas en forma determinada a fin de lograr, a mi juicio, una elongación máxima de sus músculos, huesos y ligamentos. Yo veía el resultado de esos movimientos de elongación como una sucesión de ruiditos que siempre creí que él producía para sorprenderme y divertirme. La verdad era que, una y otra vez, me invitaba a imitar sus movimientos. Con una actitud casi arrogante, me desafiaba a que recordara los movimientos y los repitiera en casa hasta lograr que mis articulaciones sonaran como las suyas.

Nunca logré reproducir esos sonidos y, sin embargo, no cabía duda de que, sin darme cuenta, había aprendido todos los movimientos. Ahora sé que no poder hacer esos ruiditos era en realidad una suerte, dado que los músculos y los tendones de los brazos y de la espalda jamás deben ser forzados hasta ese punto. Don Juan había nacido con la facilidad de hacer sonar las articulaciones de brazos y espalda, así como algunas personas logran hacerlo, sin dificultad alguna, con los nudillos.

-¿Cómo fue que los antiguos brujos inventaron esos pases mágicos, don Juan? -le pregunté.

-Nadie los inventó -me respondió con gesto severo-. Pensar que fueron inventados implica de inmediato la intervención de la mente, y éste no es el caso en lo que a esos pases mágicos se refiere. En realidad fueron descubiertos por los chamanes de la antigüedad. Me dijeron que todo comenzó con la extraordinaria sensación de

bienestar que ellos experimentaban cuando se encontraban en un estado chamánico de conciencia acrecentada. Sentían un vigor tan enorme y fascinante, que hicieron todo lo posible por recrear esa sensación en el estado normal.

"Al principio -me explicó don Juan-, aquellos chamanes creían que se trataba de un estado de bienestar general creado por la *conciencia acrecentada*. Sin embargo, pronto descubrieron que no todos los estados de conciencia acrecentada en que ingresaban les producía el mismo bienestar. Un análisis más cuidadoso les reveló que, cada vez que se producía esa sensación, estaban realizando algún tipo específico de movimiento físico. Se dieron cuenta de que, mientras se encontraban en un estado de *conciencia acrecentada*, el cuerpo se les movía involuntariamente en una forma determinada, y que esa forma determinada de movimiento era la causa de aquella sensación inusual de plenitud física y mental.

Don Juan dijo que siempre le había parecido que los movimientos ejecutados automáticamente por aquellos chamanes en estado de *conciencia acrecentada* eran, en realidad, una especie de herencia oculta de la humanidad, un conocimiento que había quedado almacenado en recónditas profundidades para ser revelado sólo a aquellos que lo buscaban deliberadamente. Don Juan se refería a aquellos brujos como buzos de mar profundo que, sin saberlo, recuperaron ese conocimiento.

Don Juan decía que esos brujos comenzaron a recomponer afanosamente, parte por parte, aquellos movimientos que lograban recordar. Sus esfuerzos dieron fruto, y consiguieron recrear algunos de los que les habían parecido reacciones corporales automáticas en un estado de *conciencia acrecentada*. Alentados por su éxito, reconstruyeron cientos de esos movimientos, que llevaban a cabo sin intentar siquiera clasificarlos y ordenarlos en un esquema inteligible. Su idea era que, en el estado de conciencia acrecentada, esos movimientos se habían producido en forma espontánea, y que había una fuerza que guiaba sus efectos, sin intervención de la voluntad.

Don Juan comentaba que la naturaleza de esos descubrimientos siempre lo indujo a creer que los brujos de la antigüedad eran seres extraordinarios, ya que los movimientos que descubrieron nunca

fueron revelados de la misma manera a los chamanes de la modernidad cuando éstos, a su vez, ingresaban en un estado de conciencia acrecentada. Quizás eso se debía a que los chamanes modernos habían aprendido de antemano, de sus predecesores, esos movimientos. O, tal vez, los brujos de la antigüedad habían tenido una masa energética mayor.

-¿Qué quiere decir con eso don Juan? ¿Qué significa "masa energética mayor"? -le pregunté-. ¿Acaso eran individuos más altos?

-No creo que físicamente fuesen más grandes -repuso don Juan-, pero energéticamente aparecían ante el ojo del vidente como una forma oblonga. Se autodenominaban *huevos luminosos*. Yo nunca he visto un *huevo luminoso* en mi vida. Lo que sí he visto son *esferas luminosas*. Cabe suponer, por lo tanto, que el hombre, a través de las generaciones, ha perdido una cierta cantidad de masa energética.

Don Juan me explicó que, para un vidente, el universo está conformado por una cantidad infinita de campos energéticos, que aparecen a sus ojos como filamentos luminosos que se dispersan en todas direcciones. Don Juan decía que esos filamentos se entrecruzan entre las esferas luminosas de los seres humanos y que es razonable suponer que, si el ser humano alguna vez fue de forma oblonga, como un huevo, había sido mucho más alto que una esfera luminosa. Don Juan sentía que eso representaba una pérdida de masa energética que parecía haber sido crucial para recuperar ese tesoro oculto que conformaban los pases mágicos.

-¿Por qué esos pases de los chamanes de la antigüedad se denominan "pases mágicos"? -le pregunté a don Juan.

-No solo se denominan pases mágicos -me dijo-. ¡Lo son! Producen un efecto que no puede ser explicable de ninguna otra manera. Esos movimientos no son ejercicios físicos ni simples posturas del cuerpo. Son un intento real y profundo por alcanzar un estado óptimo de ser.

"La magia de los movimientos -siguió diciendo- es un cambio sutil que el practicante experimenta al ejecutarlos. Es una cualidad efímera que el movimiento aporta al estado físico y mental, una especie de resplandor, una luz en los ojos. Ese cambio sutil es *un toque del espíritu*. Es como si los practicantes, a través de los movimientos

restablecieran un eslabón perdido con la fuerza vital que los sostiene.

Además, me explicó que otra razón por la cual los movimientos son denominados pases mágicos es que, al practicarlos, el chamán es transportado, en términos de percepción, a otros estados de ser, en los cuales puede percibir el mundo de manera indescriptible.

-A causa de esa cualidad, de esa magia -me dijo don Juan-, los pases no deben ser practicados como ejercicios sino como una forma de acción para atraer poder.

-Pero, ¿pueden ser tomados como movimientos físicos, aún cuando nunca fueron considerados como tales? -pregunté.

-Los puedes practicar como quieras -me contestó don Juan-. Los pases mágicos incrementan la conciencia, no importa cómo los consideres. Lo más inteligente sería tomarlos como lo que son: pases mágicos que, al ser practicados, inducen al practicante a dejar caer la máscara de la socialización.

-¿Qué es la máscara de la socialización? -le pregunté.

-La apariencia superficial y falaz que todos defendemos a ultranza -contestó-. La apariencia superficial que adquirimos en el mundo. La que nos impide alcanzar nuestro máximo potencial. La que nos hace creer que somos inmortales. El *intento* de miles de brujos impregna a estos movimientos. Ejecutarlos, aunque sea en forma casual, hace que la mente se detenga.

-¿Qué quiere decir con eso de que “hacen que la mente se detenga”?

-Todo cuanto hacemos en este mundo -me explicó-, lo reconocemos e identificamos convirtiéndolo en líneas de similitud, en líneas de cosas que están unidas entre sí por un propósito. Por ejemplo, si yo digo “tenedor”, de inmediato asocias ese concepto con los de cuchara, cuchillo, mantel, servilleta, plato, taza, copa de vino, carne, banquete, cumpleaños, fiesta. Sin duda podrías seguir enumerando al infinito cosas relacionadas por un mismo propósito. Todo lo que hacemos está enhebrado de esa manera. Lo extraño de los brujos es que ellos ven que todas esas cadenas de afinidad, todas esas líneas de cosas enhebradas por un mismo propósito, se encuentran asociadas con la idea humana de que las cosas son inmutables y

eternas, como la palabra de Dios.

-Don Juan, no entiendo por qué introduce la palabra de Dios en esta conversación. ¿Qué tiene que ver la palabra de Dios con todo lo que usted está tratando de explicarme?

-¡Absolutamente todo! -Replicó el-. Parecería que, en nuestra mente, todo el universo es como la palabra de Dios: absoluta e inmutable. Así nos comportamos. En lo más profundo de nuestra mente detenernos a analizar el hecho de que la palabra de Dios, tal como la aceptamos y consideramos, pertenece a un mundo muerto. Por el contrario, un mundo vivo está en un constante fluir. Se mueve. Cambia. Revierte su curso.

“La razón más abstracta por la cual esos pases de los brujos de mi linaje son mágicos -continuó don Juan- es que, al realizarlos, el cuerpo del practicante comprende que todo, en lugar de ser una cadena ininterrumpida de objetos afines entre sí, es una corriente, un flujo constante. Y que si todo en el universo es un flujo, una corriente, esa corriente se puede detener. Se le puede oponer un dique y, de esa manera, el flujo se puede contener o desviar.

En cierta ocasión, don Juan me explicó el efecto general que tenían los pases mágicos sobre los brujos de su linaje, y relacionó ese efecto con lo que le pasaría a un practicante en nuestros tiempos.

-Los brujos de mi linaje -me dijo- sufrieron un violento impacto cuando se percataron de que la práctica de los pases mágicos producía la detención del fluir de las cosas, que, de otra manera, se produce de modo ininterrumpido. Elaboraron una serie de metáforas para describir esa detención y, en su esfuerzo por explicarla o reconsiderarla, la desnaturalizaron. Creyeron que, si determinadas ceremonias y rituales se concentraban en un aspecto definido de sus pases mágicos, estos mismos atraerían un resultado específico. Bien pronto, la cantidad y complejidad de sus ritos y ceremonias fueron una carga mayor que la cantidad de los pases mágicos en sí mismos.

“Es muy importante -prosiguió- focalizar la atención del practicante en algún aspecto definido de los pases mágicos. Pero

debería ser una focalización leve, divertida y carente de morbidez e inflexible severidad. Los pases deberían llevarse a cabo por el placer de realizarlos, sin esperar recompensas específicas.

Citó el ejemplo de uno de sus colegas, un brujo llamado Silvio Manuel, cuyo mayor placer consistía en adaptar los pases mágicos de los brujos de la antigüedad a los pasos de las danzas modernas. Don Juan describió a Silvio Manuel como un excelente acróbata y bailarín que, concretamente, bailaba los pases mágicos.

-El nagual Elías Ulloa -siguió diciendo don Juan- fue el más eminente innovador de su linaje. Fue él quien tiró todos los rituales por la ventana y practicó los pases mágicos exclusivamente con la finalidad con que fueran utilizados en el pasado remoto: *la redistribución de la energía*.

“El nagual Julián Osorio, que lo sucedió, fue quien dio el golpe de gracia al ritual. Como él era un excelente actor profesional que, en su momento, se había ganado la vida haciendo teatro, puso enorme énfasis en lo que los brujos llamaban *el teatro chamánico*. El lo denominó *el teatro del infinito* y, a través del mismo, canalizó todos los pases mágicos a los que tenía acceso. Cada movimiento de sus personajes estaba imbuido al máximo de sus pases mágicos. No sólo hizo eso, sino que logró que el teatro fuera un nuevo canal para la enseñanza de los mismos. Entre el nagual Julián, el actor del infinito, y Silvio Manuel, el bailarín del infinito, dieron un vuelco a los pases mágicos. Con ellos, una nueva era asomó en el horizonte: la era de la *redistribución de energía pura*.

La explicación que el término *redistribución* daba don Juan era que, lo que el ser humano percibía como conglomerados de campos energéticos, eran unidades energéticas selladas con límites definidos, que no permitían la entrada ni la salida de energía. Por lo tanto, la energía existente dentro de ese conglomerado de campos energéticos era lo único con lo que el individuo podía contar.

-La tendencia natural del ser humano -afirmaba don Juan- es desplazar la energía de los centros de vitalidad, ubicados en el lado derecho del cuerpo en el borde de la caja torácica, en la zona del hígado y de la vesícula, en el lado izquierdo del cuerpo, también en el borde de la caja torácica, en el área del páncreas y del bazo; en la parte

dorsal, detrás de los otros centros, alrededor de los riñones e inmediatamente por encima de éstos, en el área de las glándulas suprarrenales; en la base del cuello, en la “V” formada por el esternón y la clavícula; y en la zona del útero y de los ovarios en la mujer.

-¿De qué manera desplaza el hombre la energía de los centros de vitalidad? -Pregunté.

-A través de las preocupaciones -me contestó-.

Sucumbiendo al estrés de la vida cotidiana. La compulsión del diario devenir exige al cuerpo un alto precio.

-¿Y qué ocurre con esa energía desplazada? -quise saber.

-Se acumula en la periferia de la esfera luminosa -me explicó don Juan-; a veces, en tal grado, que llega a formar un depósito grueso como una corteza. Los pases mágicos se relacionan con la totalidad del ser humano como cuerpo físico y como un conglomerado de campos de energía. Remueven la energía que se ha acumulado en la *esfera luminosa* y la devuelven al cuerpo físico. Los pases mágicos activan tanto el cuerpo mismo como entidad física que sufre la dispersión de energía, como el cuerpo como entidad energética capaz de *redistribuir* la energía dispersa.

“La energía ubicada en la periferia de la esfera luminosa - siguió diciendo-, es decir, la energía que no es *redistribuida*, es tan inútil como si uno no la tuviera. En realidad, es una situación difícil de sobrellevar el tener un exceso de energía almacenada en un lugar inaccesible para cualquier fin práctico. Es como estar en el desierto, muriéndose de deshidratación y llevar a costas un tanque de agua que no se puede abrir por carecer de las herramientas necesarias. En ese desierto, ni siquiera puedes encontrar una roca con la cual romper la tapa de ese tanque.

La verdadera magia de los pases mágicos radica en el hecho de que hacen que la energía desplazada hacia la periferia vuelva a los centros de vitalidad, logrando la sensación de bienestar y autodomínio que experimenta el practicante. Los brujos del linaje de don Juan, antes de ingresar en el exceso de ritual y las sobrecargadas ceremonias, habían formulado la base para esa *redistribución*. La denominaban *saturación*, queriendo indicar con ello que inundaban sus cuerpos con una profusión de pases mágicos a fin de permitir

que la fuerza que nos aglutina guiara esos pases mágicos para que generaran una máxima *redistribución* de energía.

-Pero, don Juan, ¿quiere decir que cada vez que usted hace sonar sus articulaciones o cada vez que yo intento imitarle, lo que estamos haciendo es, realmente *redistribuir* energía? -Le pregunté sin la menor intención de parecer sarcástico.

-Cada vez que ejecutamos un pase mágico -me contestó, muy serio-, estamos, en efecto, alterando la estructura básica de nuestro ser. La energía, que normalmente está apelmazada, se libera y comienza a ingresar en los vórtices de vitalidad del cuerpo. Sólo a través de esa energía recuperada podemos levantar un dique, una barrera para contener el flujo, que de otra forma sería incontenible y siempre deletéreo.

Le pedí a don Juan que me diera un ejemplo de poner una barrera a lo que él denominaba flujo deletéreo. Le dije que quería visualizarlo mentalmente.

-Te daré un ejemplo -me dijo-. A mi edad, yo debería sufrir de hipertensión. Si consultara a un médico, éste, al verme, supondría que soy un viejo indio lleno de incertidumbres, frustraciones, y mal alimentado, todo lo cual contribuye a la hipertensión: algo lógico y esperable a mi edad.

“Yo no tengo ni el mínimo problema de hipertensión -prosiguió-, no porque sea más fuerte que el hombre promedio de mi edad, o por mi contextura genética, sino porque mis pases mágicos han permitido que mi cuerpo rompiera con cualquier esquema de conducta que pudiera conducir a la hipertensión. Puedo decir, sin faltar a la verdad, que cada vez que hago sonar mis articulaciones al realizar un pase mágico, estoy bloqueando el flujo de las expectativas y del comportamiento que, normalmente, a mi edad, tendría por consecuencia el aumento de la presión sanguínea.

“Otro ejemplo que puedo darte es la agilidad de mis rodillas -continuó. ¿No has notado cuánto más ágil que tú, soy yo? ¡En lo que a mover mis rodillas se refiere, soy un joven! Con mis pases mágicos, he puesto un dique a la corriente de conducta y fisicalidad que hace que las rodillas de la gente, tanto del hombre como de mujeres, se entumescan con la edad.

Una de las sensaciones más irritantes que experimenté en mi vida fue causada por el hecho de que don Juan Matus, a pesar de que habría podido ser mi abuelo, era infinitamente más joven que yo. En comparación con él, yo estaba entumecido, era terco y reiterativo. En una palabra, estaba senil. El, por el contrario, era fresco, creativo, ágil, y estaba lleno de recursos. En síntesis, poseía algo que yo, a pesar de ser joven, no tenía: juventud. Se deleitaba repitiéndome que tener pocos años no significaba tener juventud, y que ser joven no excluía que uno estuviera senil. Señaló que, si yo observaba cuidadosa y desapasionadamente a mis congéneres, podría corroborar que, cuando llegaban a los veinte años, ya estaban seniles, repitiéndose neciamente.

-¿Cómo es posible, don Juan -le dije-, que usted sea más joven que yo?

-He vencido a mi mente -respondió, abriendo mucho los ojos como para denotar su perplejidad-. No tengo una mente que me diga que es hora de ser viejo. No cumplo con acuerdos que yo nunca he suscrito. Recuerda una cosa: esto de no cumplir acuerdos en cuya confección no se ha participado no es un eslogan que sólo vale para brujos. Padecer de vejez es uno de estos acuerdos.

Permanecimos largo tiempo en silencio. Don Juan parecía esperar el efecto que sus palabras me habían causado. Lo que yo consideraba que era mi unidad psicológica se vio desgarrada más aún por una respuesta claramente ambivalente de mi parte. En cierto nivel, repudiaba con todas mis fuerzas las tonterías que don Juan estaba expresando; en otro, sin embargo, no podía dejar de darme cuenta de lo ciertas que eran sus observaciones. Don Juan era viejo y sin embargo, no era viejo en absoluto. Era siglos más joven que yo. Estaba libre de pensamientos y de hábitos que constituyeran una traba para él. Vagaba a través de mundos increíbles. Era libre mientras que yo estaba aprisionado por rígidos hábitos y formas de pensar, por consideraciones mezquinas y vanas sobre mí mismo; en aquel momento, sentí por primera vez que tales consideraciones ni siquiera eran mías.

En cierta oportunidad, interrogué a don Juan acerca de algo que desde hacía tiempo me venía preocupando. El había afirmado que los brujos del antiguo México descubrieron los pases mágicos, que

constituían una especie de tesoro oculto en las profundidades del tiempo para que el hombre lo pudiera descubrir. Quería saber quién ocultaba algo así para que el ser humano lo encontrara. La única idea que me podía formar al respecto provenía del catolicismo. Pensé que ese “alguien” podía ser Dios, o un ángel de la guarda, o el Espíritu Santo.

-No es el Espíritu Santo -me dijo don Juan-, que sólo es santo para ti porque secretamente eres católico. Y por cierto que no es Dios el padre benévolo que tú imaginas cuando utilizas el término “Dios”. Tampoco es una diosa, una madre que nutre al hombre y lo cuida, como muchos creen. Es más bien una fuerza impersonal que dispone de infinitas posibilidades para ofrecer a quienes se atreven a buscarlas. Es una fuerza en el universo, como la luz o la gravedad. Es un factor aglutinante, una fuerza vibratoria que reúne el conglomerado de campos energéticos que son los seres humanos en una sola unidad, concisa y coherente. Esa fuerza vibratoria es el factor que impide la entrada o salida de energía de la esfera *luminosa*.

“Los brujos del antiguo México -prosiguió- creían que la ejecución de sus pases mágicos era el único factor que preparaba y conducía el cuerpo hacia la corroboración trascendental de la existencia de dicha fuerza aglutinadora.

A partir de las explicaciones de don Juan llegué a la conclusión de que la fuerza vibratoria de que hablaba, esa fuerza que aglutina nuestros campos de energía, es aparentemente similar a lo que los astrónomos de la modernidad creen que sucede en el núcleo de todas las galaxias que existen en el cosmos. La teoría es que, en el núcleo o centro de esas galaxias, una fuerza de incalculable potencia mantiene en su sitio las estrellas que conforman cada galaxia. Esa fuerza, denominada “agujero negro”, es una interpretación teórica que parecería ofrecer la explicación más razonable de por qué las estrellas no se dispersan, impulsadas por su propia velocidad de rotación.

Don Juan decía que los antiguos brujos sabían que los seres humanos, considerados como conglomerados de campos energéticos, deben su cohesión no a una envoltura o a ligamentos energéticos, sino a una vibración que mantiene, a un tiempo, al unión y la vida. Don Juan explicaba que esos brujos, gracias a sus prácticas y su disciplina, se

volvían capaces de manejar esa fuerza vibratoria, una vez que tomaban plena conciencia de ella. La pericia en ese manejo se volvió tan extraordinaria, que sus acciones se transformaron en leyendas, en hechos mitológicos que sólo existían como fábulas. Por ejemplo, una de las historias que don Juan contaba sobre los brujos de la antigüedad decía que eran capaces de disolver su masa física con sólo poner el total de su conciencia y de su intento en esa fuerza.

Don Juan afirmaba que, a pesar de que eran capaces de pasar por el ojo de una aguja si lo consideraban necesario, nunca llegaron a sentirse del todo satisfechos con los resultados de esa maniobra de disolución de su masa. El motivo de su descontento era que, una vez que la masa había sido disuelta, su capacidad de actuar desaparecía. Sólo les quedaba la alternativa de ser testigos de hechos en los que les resultaba imposible participar. La consiguiente frustración, consecuencia de quedar incapacitados para la acción, se convirtió, según don Juan, en la falla que los condenaría: su obsesión por descubrir la naturaleza de esa fuerza vibratoria, una obsesión nacida a partir de ser concretos, hacía que desearan poder retener y controlar esa fuerza. Su deseo ferviente era lograr ese control a partir de una condición fantasmagórica, carente de masa física. Algo que, según don Juan, era imposible de lograr.

Los practicantes de nuestros días, herederos culturales de aquellos brujos de la antigüedad, optaron, una vez descubierta la imposibilidad de manejar la fuerza vibratoria a partir de una posición concreta y utilitaria, por la única alternativa racional: tomar conciencia de esa fuerza sin buscar otro propósito que la elegancia y bienestar que brinda el conocimiento.

-El único momento en que a los brujos de la modernidad les es permitido utilizar el poder de la fuerza vibratoria aglutinante -me dijo en cierta oportunidad- es cuando arden desde adentro, cuando les llega el momento de dejar el mundo. Para un brujo es sumamente fácil ubicar su total y absoluta conciencia en esa fuerza aglutinante, con el *intento* de arder; y así parten, como un soplo.